

ARCIPRESTE DE HITA

Por el apacible camino de Berceo y Alfonso el Sabio-camino que ya empieza a definir sus orillas-llegamos a Juan Ruiz, Arcipreste de Hita. Sentado en uno de los bordes está el clérigo jocundo, esperando que la primavera madure y el amor aparezca entre las viñas, con los ojos levantados al azul y los pies bien hincados en los terrones. Así lo hubiera pintado un pincel primitivo, de haber topado con él por las parameras de Castilla.

Devana sus comienzos el siglo XIV, y la edad media se va alejando cada vez más de la selva caballeresca, heroica y cristiana, para entrar por gustosas al medas donde las antenas de los sentidos se afinan y despiertan y donde la vida empieza a ahondar sus contrastes, haciéndose más compleja e irresistible. A horcajadas sobre el puente de ambos periodos, cabalgando esta crisis de valores que diríamos hoy, el Arcipreste enciende una vela a Dios y otra al diablo. Al diablo que lleva en el cuerpo, no al otro, al de la teología, que Juan Ruiz-seamos justos-maldice y execra. Lo que aquí se ventila, en resumidas cuentas, como corresponde a este recodo medieval, es la lucha del alma con el cuerpo, esa enconada pugna de contrarios según el pensamiento religioso, brotada en la cuna misma donde la carne empieza a gemir. Todo el "Libro de Buen Amor", única herencia que el Arcipreste nos legara, es un centón de paradojas que anuncian ya al hombre moderno. De ahí uno de sus méritos más cabales. Junto a la renunciación cristiana está abierto, casi desenfrenado, el apetito vital. Orilla del discurso y aún del ejemplo moralizador está la libérrima real gana española, o sea, el desajuste con la moral al uso. De los labios que elevan la oración mariana, el rimado loor a la Virgen, tan característicos de este momento, se escapa a un tiempo el piropo sensual a la mujer de carne y hueso. Y, por contera, la sombra de la muerte, la muerte como rasero implacable de todos los afanes humanos, de todas las soberbias y grandezas, lúgubre canción precursora del tema que en la siguiente centuria habrá de convertirse en elegiaco ritornelo de los mejores músicos del verbo.

Con un oído en Aristóteles y otro en los arábigos zejeles, los ojos unas veces en Ovidio y otras en los chispeantes fablieaux, rabelesiano a ratos, bocacciano cuando se le antoja, el risueño clerigón del Henares, señor de burlerías-de bulerías, que dicen los gitanos-y de donaires, de una arremetida, como buen toro ibérico, incorpora para siempre a los extremados aires de la poesía la vida española de su tiempo con toda la riqueza de acentos, contradicciones y particularidades. Incorpora y se incorpora, porque ^{por} delante de todo ese mundo va el propio Arcipreste, haldeando los manteos, la insaciable bozaza abierta por la risa y el ansia de vivir, arrepentido y lleno de interior unción cuando en el viaje tropieza con la iglesia. Pero con quien suele tropezar más a menudo es con una serrana como la de Tablada o con una ~~buena~~ ^{bella} morita, y por eso-¿quién no lo perdona?-su rabel se encalabrina con frecuencia, olvidándose de que está en manos de un eclesiástico.

Las diversas partes de que se compone el "Libro de Buen Amor"-apólogos, glosas, sátiras, imitaciones, cantigas, poemas-están unidas solamente, como hizo notar Menéndez y Pelayo al estudiar la obra, por el hilo de una misma historia que a duras penas puede sujetarlas; pero la voz del autor, esa tremenda voz de Juan Ruiz que parece brotarle de las entrañas, se oye a lo largo de todo el poema, y esta es una de las virtudes que confiere al mismo su extraordinaria calidad. Por ella el Arcipreste de Hita se nos aparece hoy como la primera personalidad, ~~arraigada~~ ^{claramente delimitada}, que surge en las letras españolas y, a un tiempo, como el más grande poeta español medieval.

Hombre fue de muchas lecturas Juan Ruiz. Hombre de vocación humanista, dirigidos nosotros, aunque el aire de la calle, el júbilo de las gentes sencillas y aldeanas le azacaneaba la voluntad. En su arte supo ir de las formas cultas a las populares sin que se le notara la transición y acaso gustando más de las segundas que de las primeras. Llevaba un juglar debajo de los hábitos de letrado. Y para esas mismas gentes del pueblo escribió cuanto escribió. Por plazas y mercados se cantaron sus versos ante el regocijo general, y ésta fue la moneda que tal vez estimó más Juan Ruiz en pago de su gracia poética.